MAR, CIELO Y AMOR

Terminada la comida, mientras ellos jugaban una mesa de billar, se fueron a cambiar de trajes y a arreglarse las cabezas, en donde se había quedado enredado un poco de viento de mar. La música, esa música detestable, infatigable y desesperante de los " jazz-band" de norteamericanos y de negros, sonaba desaforadamente, como en convivencia con el propietario del Hotel para empujar a las incautas "girls" a dejar en el plato algo de la comida de hoy en beneficio del almuerzo de mañana. Y ellas, ¡claro!, convenían en que para comer son suficientes los demás días de la semana y que era tonto no aprovechar. . .

Cuando las damas llegaron a la sala de juego, Linda y Valentino se fueron a bailar, seguidos de doña Chayo, y Monterrosa y Platt continuaron la partida, acompañados de Julia, que prefería estar cerca de su gallardo Ingeniero. Terminado el juego, salieron camino del salón.

La sala ofrecía un aspecto extraño, sorprendente, en su exótica promiscuidad. Señoritas de la aristocracia, alternando con mujeres desconocidas y de dudoso aspecto, y contorsionándose en brazos de mocitos sudorosos, que lucían los brazos y el pecho peludos, saliendo, quemados por el sol, de sus camisas olientes, descotadas y desprovistas de mangas; rubias norteamericanas jadeantes, enlazadas al cuello de galanes encendidos de wisky y de calor; niñas poblanas que querían alternar; criaturas impúberes que se asomaban a la vida, impacientes, ávidas de saber; viejas y verdes que todo lo sabían ya y que nada querían olvidar todavía, en un torbellino de cinturas arqueadas hacia atrás, de piernas entrelazadas frenéticamente, moviéndose en un sólo ritmo de saltos, de gritos guturales, de embriaguez. . . Y entre todas, sobresaliendo de gracia provocativa, exaltada por la música orgiástica, Linda, indolentemente enlazado el brazo desnudo al cuello de Rodolfo, echada hacia atrás la preciosa cabeza, encendida en arreboles, ofreciendo al galán el vientre firme, terso, de joven náyade, con los ojos entornados, con los labios dulcemente

entreabiertos, moviéndose rítmicamente, con aquella inocente perversidad de las vírgenes predestinadas. . .

—Quieres que nos vayamos de aquí, Julia?. . .—musitó Gilberto.

—Sí, vámonos a donde no haya ruido, ni gente vulgar, ni música de ésta. ..

—Doña Chayo: Julia y yo nos vamos a pasear. . .

— Pero, no bailan ustedes, cuando el baile está tan alegre? —inquirió escandalizada la siempre dispuesta señora.

—Sí; pero ahora no y aquí tampoco. —Y bajaron la gradería que conduce al palmar que adorna el frente del Hotel.

La luna se elevaba límpida, radiante, como un gran disco, bruñido, en viaje misterioso por el cielo profundo y azul. Las estrellas palidecían en la inmensidad celeste y el resplandor lunar rielaba sobre las olas dormidas, para perderse en el horizonte, más allá del mar. . .

—Escucha, Gilberto, esta estrofa que parece escrita para nosotros y frente a éste maravilloso panorama:

"Esta noche azul y grata
el mar es una laguna
en cuya onda se dilata
un gran camino de plata
para ir hacia la luna"

— ¡Julia de mi alma!. . .

—Mira, corazón: vámonos lejos, allá a la Restinga. ¡Hace tiempo que yo esperaba ese momento!. . .Y quiero que estemos solos, tú, yo, el cielo y el mar. . .

Caminaban del brazo, lentamente, como por un camino de encanto, las manos enlazadas y las cabezas juntas, muy juntas. . .

—Dame un beso, Julia. . .

—No, corazón: todavía no —aplazó ella, tiernamente. Y prosiguió: —Mira al cielo. Las estrellas se ven hoy más pálidas. Será porque

nos ven?. . . Y son tántas, tántas. . . Y pensar que son otros tantos mundos en donde la vida se multiplica infinitamente. . . Oye, Roberto: tú crees en el espiritismo?. . .—inquirió de súbito.

—Yo?. . .— preguntó él sonriendo. —Nunca me he ocupado de eso.

—No, vida mía, por Dios, no me desilusiones!. . .

—Te diré: creo tanto en él, que le temo; pero no veo la necesidad de complicar más nuestra vida actual con problemas que están fuera de nuestras pobres capacidades terrenales.

—Sí. . . Pero es tan dulce creer, saber que habremos de prolongarnos, perfeccionándonos. . . Yo soy espiritista decidida, porque hasta el día en que supe que te amaba, todas mis esperanzas de felicidad las finqué en otro mundo que no fuera éste. Lo único que pone una duda dolorosa en mis convicciones es la falta de certeza que existe aún de que podamos recordar en los otros planetas nuestras existencias anteriores, porque sería muy bello pensar que nuestro amor se prolongaría de estrella en estrella, de sol en sol, inmortal, por toda la eternidad. . .

—¡Julia de mi alma!. . .Me estás llenando de misterio, de infinito. . .De dónde sacas tú todas esas cosas?. . .

—Ahora, sobre aquella barca de esta tarde, te contaré toda mi vida. . . Verás qué silenciosa, qué triste, que solitaria hasta el día en que te pusiste en mi camino. . .—Y caminaban, llenos de recogimiento, sin parar en las gentes que los veían pasar, envueltos en luna y resplandecientes de felicidad.

La barquilla propicia los aguardaba, durmiendo su sueño último al arrullo perenne de las olas al romperse sobre la playa, bajo el ramaje de los viejos tamarindos amigos, que la cubrían como una obscura ala protectora. Se habían sentado frente a la mole negra y redonda de El Morro de las leyendas fantásticas y de las tradiciones macabras. A su derecha, el pueblo, como un altar encendido en cuyo fondo se destacaba, indefinido y vago en la noche de plata, el perfil del cerro Ancón. A la izquierda, sobre la línea del horizonte, la ciudad de Panamá, rutilante, titilando con el parpadeo de sus mil luces, como un cintillo de diamantes caído del cielo del Sur; y arriba, la inmensidad; y abajo, el mar; y en torno y adentro, el amor, la paz.

—¡Julia!. . .
—¡Gilberto!. . .

—Habla.

—No fuera mejor callar?... Crees que puede haber algo elocuente, más lleno de voces y colmado de fortuna que este gran silencio?..

—Si...Pero yo quiero saber...
—Tienes razón; otro momento no sería igual...

Julia reclinó filialmente la cabeza sobre el pecho de Gilberto y comenzó a hablar:

—Mi padre era el último descendiente de una buena familia francesa. Cuando su padre murió, solo, arruinado, y abandonado por sus viejas amistades, embarcó para Panamá, con un empleo que le consiguió en la Compañía del Canal Francés un pariente de influencia. Mi padre se unió a mi madre sin casarse, formalidad que llenó al cumplir yo los diez años. Tenía una sólida cultura y un amor por las artes y las letras que todo lo empalidecía ante él. Mis primeras palabras fueron pronunciadas indistintamente en francés y en español, porque mi padre siempre habló conmigo en su idioma natal. Cuando comencé a leer, franceses eran los libros que me compraban y franceses los versos que me hacía aprender y recitar. Recibía de París las últimas novedades literarias, que me fue haciendo conocer a medida que fui creciendo y las pude comprender. En mi casa se reunían en las noches y los domingos algunos amigos de él y yo tomaba parte en sus discusiones sobre orientaciones del arte francés y del arte universal. La literatura clásica francesa me era familiar. Después conocí a Pierre Loti, a Anatole France, a los Goncourt, a Flaubert, y a todos los poetas desde Hugo y Mistral hasta Verlaine, Baudelaire, Rodembach y los de la última generación. Mi padre murió y yo quedé sola, en un plano intelectual superior al ambiente en que tenía que agitarme, y entonces me hice reservada y me reconcentré en mi misma y en mis libros, siempre renovados. Había heredado el orgullo de mi padre y su espiritualidad, que él había cultivado celosamente, sin comprender que me causaba gran daño, sacándome de mi medio. Como la vulgaridad me rodeaban, viviendo en una esfera superior, busqué en el espiritismo el camino de mi felicidad futura; pero mi espiritismo ha sido puramente literario. Dios, sin embargo, no desampara a sus criaturas y te mandó a mi lado para que me comprendieras y me ampararas... —Y Julia rompió a llorar.

—¡Julia de mi alma: no llores, por Dios!...
—Lloro de felicidad... La felicidad, cuando llega a lo más

hondo de nosotros, se resuelve en lágrimas que son su más pura manifestación, y entonces esas lágrimas forman como una corona a nuestra dicha.

Y suavemente, inconscientemente, los jóvenes se unieron en un largo y blando abrazo de ternura, mientras en los tamarindos el viento cantaba su vieja canción de amor, siempre nueva siempre fecunda. . .

NOTA BIBLIOGRAFICA— *Mar, Cielo y Amor* apareció por primera vez en El Mosquito, semanario político, Año I, número 5, correspondiente al sábado 7 de septiembre de 1929.

LA GACELA

—Cuatro años. . .Cuatro años largos, lentos, interminables, que han pasado por mi vida arrastrándose segundo a segundo, minuto a minuto, día a día. . .

—Pero, qué locuras habla usted, por Dios?. . .

—Si: locuras, locuras. . . Realmente, debiera enloquecer de gloria al sentirte así, en mis brazos, y poder oprimirte contra mi corazón. . . —Y Roberto León, traduciendo en hechos las palabras, estrechaba dulcemente contra su pecho el alto y gallardo busto de la encantadora muchacha.

—Cuidado, por Dios, que nos ven. . .

—Mejor: eso es lo que deseo; que se enteren de mi felicidad, porque disfrutada a solas no sería completa.

La música terminó y los jóvenes, del brazo, comenzaron a recorrer el salón, mientras los fanáticos aplaudían pidiendo la repetición.

—Quiere usted, Julia, que nos sentemos en el balcón?

—Si, vamos. Aquí hace un poco de calor y la tarde está muy bella.

Realmente, era deslumbrador el espectáculo que se ofrecía ante el ancho balcón del Hotel, barrido por el viento. A lo lejos, sobre la cinta azul del horizonte, la ciudad, Panamá, blanca de nieve y sol como una ciudad morisca de las orillas del Mediterráneo: Cartagena, Tarifa, Cádiz. Las lonas de una bandada de barquillas pescadoras poniendo una evocación de cisnes sobre la lejana quietud del paisaje y lento humo perezoso de los vapores que se quedaron fuera del Canal a echar una cana al aire aquella noche sobre el Mar de Balboa. Y abajo, en la playa, el vocerío loco de los bañistas, de entre cuya policromía se destacaba de vez en vez, como una nueva Anadiodema, el cuerpo ágil, marmóreo y grácil de alguna joven náyade medio desnuda, luminosa de agua de mar o de oro de sol.

—Julia: no siente usted ante todo esto la alegría de vivir?...

—Yo?... ¡No!... —Y la joven, después de mirar gravemente a su amigo un instante, rompió en una sonora carcajada burlona.

—¿No estará seria nunca?

—Cuando se muera.

Roberto se quedó un momento silencioso y adoptando un tono dramático, dijo:

—Y si me diera un balazo para acabar más pronto...

—Caramba, le digo que lo lloraría más... Y publicarían su retrato, así como cuando se murió Valentino.

—Quiere que hablemos seriamente, Julia?

—Bueno: vamos a hablar seriamente.

—Usted me quiere, Julia?

—¡No!...

—¿Seriamente?

—Trágicamente: ¡no!...

—Y entonces, por qué usted acepta mis galanterías hace tánto tiempo?

—Por una razón muy sencilla: porque usted me divierte mucho.

Roberto se quedó mirando largo rato a la joven, que sonreía burlonamente, encendió un cigarrillo, bajó la cabeza y se dió a pensar. Ella tarareaba un tango, meciéndose en la silla, y la tarde, sobre la cual habían comenzado a encenderse las estrellas, se apagaba en una larga pincelada de violeta.

—Qué le pasa, Roberto?... Le duele el estómago?...

—No, Julia: me duele el alma.

— Y usted tiene eso?

—Si; pero no lo sabía mientras no la encontré a usted.— Y Roberto lo dijo con un tono tan amargo, que Julia agregó, con aire de enfado:

—Señor don Roberto: usted no entiende de bromas.

—No, Julia: es que usted es cruel conmigo

Julia se puso seria, suspiró y bajó la cabeza.

—Julia: usted me ama?

—¡Nó!

—Me amará algún día?

—El día en que me presente el esqueleto del Padre McDonald. Y adiós. . .

—¡Julia!

—¡Adiós!. . .Le parece poco todavía?

—No, Julia, no: tiene usted razón. . .Gracias. . .

—Así me gusta verlo: juicioso. . . Y ahora, adiós? . . .

—Oiganme la última súplica: me llama mañana por teléfono?

—Yo?. . .Yo?. . . ¡Esta usted loco!. . .

—No veo yo nada de particular en eso. . .

—Vea, Roberto: el día en que yo lo llame a usted por teléfono. .

—Qué, Julia, qué?. . .

—¡Loco!. . .— Y Julia se perdió corriendo y riendo sonoramente

por el ancho balcón del Hotel, mientras en el horizonte, del fondo de la noche que nacía, Panamá parpadeaba como un largo y trémulo cintillo de diamantes. . .

En tanto, en la imaginación de Roberto León quedó bailando aquella intencionada frase de Julia: —¡El día que yo lo llame por teléfono!. . .

Julia Torres era una lindísima muchacha que todo lo alegraba con su presencia, con su algo de rayo de sol, de ráfaga de primavera, de ola marina. Era alegre de cuerpo y alma y su alegría de vivir se contagiaba. Roberto León la trataba hacía tiempo y aunque le gustó desde el día de conocerla, tenía para él que ella, día por día, había ido cambiando de modo de ser, casi radicalmente. Ya no era la mujer seca, agria y arisca que él conociera en otro tiempo, y aunque la esquivez perduraba como nota sobresaliente de su carácter, ya no era agresiva y ruda como antes, sino velada por gestos airados de cóleras fingidas, siempre subrayados con una sonrisa de burla, todo lleno de vagas promesas.

Se burla de mí?. . .Me quiere?. . .Es una coqueta vulgar?. . .Y en torno de ese círculo pasaban los días, los meses, sin que Roberto pudiera llegar a formarse un concepto exacto de la psicología de su joven y torturadora amiga. Porque había épocas de desfallecimientos durante los cuales el desventurado galán renunciaba formalmente a su conquista y ponía todo empeño en alejarse de los lugares en donde pudieran verse y hasta fingía no verla, si se encontraban en teatro o en paseos; pero ella, entonces, con una habilidad que él era incapaz de establecer, volvía a traerlo a sus dulces y cautivadoras redes.

En el último baile en donde se encontraron, invitado por ella, había sucedido algo significativo: ella había pasado la velada del brazo de un jovencito valentinesco y él, Roberto, había fingido ignorarla y se había dedicado a cortejar a otra dama, y ella, a media noche, se había envuelto en su amplio mantón de Manila, se había despedido de todos y se había marchado, sin determinarlo a él. . Eran celos?. . .Era todo aquello mentira?. . Era verdad?. . .

Y así pasaba Roberto León los días, las semanas y los meses, tras la huella de aquella gacela enloquecedora, de aquella mariposa de luz, cuyas alas no se quemarían nunca en la llama azul de su deseo.

En el fondo obscuro de la profunda arboleda en donde el ancho camino de concreto zigzagueaba como una cinta plateada de agua y de luna, apareció súbitamente el fantástico incendio multicolor del

Kennel Club. El automóvil que conducía Roberto León entró por la puerta de vehículos en el momento en que el vasto rumor de las multitudes anunciaba el principio de la segunda carrera canina de la noche.

Era deslumbrante el espectáculo de aquellas tribunas rebozantes de mujeres hermosas, ataviadas con trajes y abrigos de colores subidos, que daban la ilusión de un gran jardín de ensueño, mecido por largas ráfagas de emoción. Y abajo, el ir y venir de damas y caballeros, de militares y marinos, de negros y blancos, chinos e hindúes; el correr ansioso hacia las taquillas, ya para cerrarse, y la ansiedad del juego en todos los ojos y la tentación de los billetes norteamericanos en el temblor crispado de los dedos femeninos. . .

Y la carrera comenzó entre un ensordecedor vocerío que encendía a la muchedumbre toda. Y la horrorosa sensación del azar estaba palpitante allí, en aquellas contorsiones absurdas, e aquellos brazos desesperadamente tendidos hacia el cielo, en aquellas damas despeinadas, descompuestas, enloquecidas, que gritaban empinándose en un vértigo que parecía haber conmovido las fibras más secretas y más delicadas de su ser. . .

Y entre aquellas damas, Roberto León vio a Julia Torres; pero estaba en uno de aquellos períodos de desfallecimiento en los cuales evitaba el trato de su bella y torturante amiga.

Vuelta la cabeza, un joven se acercó a Roberto para decirle:

—La señorita Julia Torres le suplica el favor de ir a su palco —y el mensajero señaló hacia las tribunas el lugar ocupado por la linda muchacha.

Roberto saludó con el sombrero, sin demostrar sorpresa ni prisa, y ella le contestó familiarmente, agitando en el aire la blanca y perfumada mano, mientras lo envolvía en una larga sonrisa de cariño.

Aquella noche Julia vestía una bata roja, bordada con surcos azul eléctrico muy llamativa, muy elegante y que sentaba admirablemente a sus ojos obscuros y a su profusa y encrespada cabellera negra, cuidadosa, prolijamente arreglada aquella tarde por su peluquero.

—¡Julia!

—Señor caballero: dichosos los ojos que pueden verlo, caramba!. .

—Si, no salgo casi. . .

—Está usted escribiendo alguna novela?

—No; una tragedia. Allí todo el mundo muere, hasta el taquillero.

—Así que está usted haciendo todo lo posible por ir a la cárcel.

—Si, porque estoy averiguando que es donde mejor se pasa la vida.

—Bueno; cuando esté allá me avisa para. . .mandarle cigarrillos. . . Oiga, Roberto: a qué perro va usted ahora?. . .

—Yo no juego a perros, Julia.

—No juega?. . . Y entonces qué viene a hacer aquí?

—A ver las mujeres. Me gusta ver cómo las mujeres serias se transforman aquí, cómo gritan, cómo gesticulan, cómo se contorsionan, cómo se retuercen las manos febrilmente, olvidadas de todo y de todos. Me parece que así como en las playas dejan el pudor en el cuarto de vestirse para aparecer, sin inmutarse, en toda su desnudez, aquí se desnudan de fingimientos y de actitudes estudiadas para dejarse ver cómo en realidad son por dentro.

Julia pensó que ella realmente no podía sustraerse a la emoción de la carrera, ni a la pasión del juego, un poco resentida:

—Se está usted volviendo moralista?

—Si; es el recurso de nosotros los despechados.

—Caray, caray, don Roberto. . . Y quién le manda a usted no tener un poco de paciencia. . .

—¡Julia!

—Oiga: de veras no juega?

—No; pero dígame cuáles perros juega usted?

—Yo. . . No faltaba más, caballero. . . Para que me sale?

Roberto se mordió el labio y replicó rápidamente:

—Julia: le preguntaba para apostar contra usted?

—Palabra?

—Palabra de honor!

—Bien, vea; cinco tiquetes al 5. Tres ganador y dos placé.

—Gracias. —Y Roberto se puso en pie para buscar sus tiquetes.

—Oiga, moralista: lo espero, ah!. ..

—Si.

NOTA BIBLIOGRAFICA: —*La Gacela* apareció por primera vez en *El Mosquito*, semanario político, Año I, número 7, correspondiente al sábado, 21 de septiembre de 1929.

COMO UN CUENTO

Cuando llegué a la casa que debía ocupar, me sentí lleno de un terror vago e indefinible. Sobre ella había oído murmuraciones extrañas, entre las viejas, muchas de las cuales jamás pasaban ante el portón del zaguán sin santiguarse tres o cuatro veces. Lo cierto del caso era que el dueño se había suicidado una noche, después de andar mucho tiempo lejos de sus amigos y cabizbajo, y desde entonces nadie había querido habitarla. Las piezas eran amplias y fúnebres, cubiertas sus paredes por un papel obscuro con grandes ramilletes dorados, y en el ambiente de ellas parecía flotar un espíritu enfermo y doloroso.

Yo lo examinaba todo: paredes, puertas, ventanas, tratando de encontrar un cabo suelto por donde desenvolver aquella madeja; la historia dolorosa que había empujado a un hombre a terminar trágicamente su vida. Y me afanaba inútilmente, porque ese detalle, ese punto de partida que a veces nos conduce como por encanto a través de las sombras de un misterio que parece impenetrable, no brillaba ante mis ojos.

Había oído decir que la idea del suicidio es contagiosa y no lo creía; pero allí, solo, en medio de una estancia en donde un hombre había puesto punto final a su existencia, sentí de pronto una tristeza infinita, un decaimiento inexplicable; calculé lo efímero de las glorias humanas, hallé la vida sin razón, y vi el dolor como semilla y fruto de la alegría. Y no sabía por qué se había matado aquel hombre, y, sin embargo, le concedí larga razón y sobrados derechos para haber hecho lo que hizo. Me vi cobarde, indigno, y, si hubiera estado en condiciones de hacerlo, me habría suicidado también. . .

Cuando salía, en la penumbra del pasillo, mis pies tropezaron con algo. Me detuve, hice luz, y me encontré con una pequeña cajita de madera, volcada, de cuyo vientre, sin duda, habían salido unos papeles que estaban esparcidos a su lado. Entre algunos pliegos sin importancia, encontré uno que llamó mi atención. Lo encabezaba, en caracteres gruesos y negros, un letrero que decía: "Cómo

un cuento". El misterio se había deshecho ante mis ojos, sin necesidad de diligencia alguna. El suicida salía a contarme su historia, una historia extraña de hombre loco, la historia dolorosa de un alma verdaderamente rara.

Decía así el manuscrito:

"Desde muy niño adiviné en el porvenir una mujer divina y hermosa, que habría de hacerme feliz. Yo la veía incesantemente dentro de mí mismo, con sus grandes ojos aterciopelados ligeramente adormecidos, con su boquita voluptuosa como la de la Afrodita de Melos y los cabellos dorados que encerraban su rostro de óvalo en una aureola de luz. Yo oía su voz y su risa como una música lejana que algún día habría de llenar el silencio de mi alma. A veces, al volver una esquina, al salir por la calle de un parque, me parecía ver, en un traje que desaparecía por el lado opuesto, las vestiduras de mi hermosa prometida que huía y huía siempre. He querido a muchas mujeres, pero sé que amaba en ellas algo de la mujer ideal que llevaba en mi imaginación, y por eso, sin duda, después de pasados mis primeros arrebatos, las olvidaba, porque a medida que las iba conociendo más íntimamente, descubría en ellas detalles al parecer insignificantes, pero que me alejaban poco a poco de su lado, empujándome adelante, siempre adelante, en una peregrinación interminable. A pesar de eso, yo era feliz, porque mi vida se deslizaba risueña bajo el cielo rosado de una eterna esperanza que cada día me parecía más al alcance de mi mano, entre las alegres carcajadas de mujeres joviales que yo buscaba con la esperanza de descubrir en ellas una más íntima relación con la mujer impalpable. Quién puede comprender la inmensidad del amor que yo había ido acumulando en mi alma, día por día, en el transcurso de dieciocho años?. . .Nadie, excepto yo, que sentía mi alma llena del perfume de su cuerpo, de la luz de sus ojos y del calor de sus labios. Por fin, un día "ella", la mujer ideal, la que yo creía sólo un delirio de mi mente, surgió en mi camino, precisa, material, de carne y hueso, más hermosa quizá que la mujer-boceto que se esfumaba en las sombras de mi fantástica imaginación cada vez que trataba de penetrar el misterio de su belleza. A qué entrar en detalles que nada significan?. . .Ella me amó desde el primer momento con un amor loco, con un refinamiento exquisito que superó todos mis sueños de enamorado. Temí perder el juicio, porque me veía transportado a un mundo quimérico de felicidad. Mi delirio pasó al fin, y cuando, al despertarme cierto día, la vi a mi lado, fatigada de placer, rendida de felicidad, sentí por primera vez un vago disgusto, una contrariedad inexplicable de sentirla a mi lado, de tenerla tan cerca de mí. Por qué, si había de venir, me amó tan fácilmente, tan pronto?. . . Por qué no se quedó eternamente en el

mundo de los sueños?. . . Y llegué a odiarla con un odio profundo e infinito, porque ella había marchitado en mi alma una ilusión que yo había alimentado durante toda mi vida. Qué dichas esperaba en el futuro si había realizado con creces todo mi ideal?. . . Cómo podría amar a ninguna mujer en adelante, si había poseído hasta saciarme la que yo había embellecido con todas las delicadezas de un artista y con todas las sutilezas de un espiritual?. . .

No, mi vida no tiene razón de ser. Mi porvenir está vacío. . . ¡Maldita ella que me ha hecho infinitamente desgraciado, porque me ha hecho infinitamente feliz!. . . ¡Maldita ella que me empujó a la muerte!. . ."

Yo he guardado mucho tiempo este manuscrito como algo misterioso y raro. Pero a veces, hojeándolo, me he preguntado si será ciertamente una felicidad ser completamente feliz.

MANOS FEMENINAS

A Rosita. . ., que tiene unas castas manos, dignas de la Historia.

Las manos femeninas han vuelto, súbitamente a reclamar el alto prestigio de que han gozado a través de la historia del mundo. No son las manos de Salomé, tendidas, suplicantes, en demanda de la cabeza del Bautista para oprimirla apasionada y desesperdamente entre sus dedos convulsos, llenos de sortijas y de estremecimientos, las que han operado el milagro. No son, tampoco, las manos divinas de Eleonora Dusse que un día agitaron líricamente el árido corazón de José Ingenieros y que hoy duermen para siempre bajo la gloriosa y próvida tierra de Italia, las que se levantan llenas de amor y de tragedia como dos mariposas sagradas, para atraer las miradas del Universo, no. Es una mano fantástica, una tremenda mano de pesadilla, una mano que parece surgir de una obscura tragedia de Meterlink, resurrecta después de tres mil años como un lirio maravilloso para adherirse de nuevo al perfumado brazo de la princesa que quizá un día fincase en ella la fuerza de su belleza y de su gloria y de perderse después en las sombras a seguir viviendo quién sabe qué vida de eterna armonía vedada a los pobres seres terrenales, fantasmas sonámbulos en la tiniebla de nuestra dolorosa inconsciencia.

La noticia pasa de lo que puede caber dentro de la comprensión humana. El Conde Louis Hasmon, residente en Park Street, Portland Place, de Londres, había curado de la malaria a un amigo de nacionalidad egipcia y éste, para corresponder a las múltiples atenciones del médico inglés, le obsequió con uno de los objetos más preciados de su valiosa colección de antigüedades: se trataba de la mano de una de las siete hijas del Faraón usurpador que reinara antes del famoso Tu-Tan-Ka-Men, lindísima mano que la infortunada princesa perdiera en un combate sostenido con soldados rebeldes a su padre.

Por conjuro de sus enemigos, la mano de la gentil princesa debería estar separada del torneado brazo en donde terminara como

una extraña y suprema flor de leyenda durante cuatro mil años, a fin de que su linda dueña no pudiese gozar de paz en el reino de las eternas sombras, al decir de la prensa.

La mutilada y hermosa mano estaba expuesta en una rica vitrina, sobre un almohadón de terciopelo, en el Palacio que el Conde Hasmon posee en Irlanda. Y he aquí que un día el Conde advierte que el índice de la mano, que hasta entonces apareciera inclinado, se levantaba ahora señalando al cielo. De seca y amarilla, la mano se fue tornando blanca y suave y fresca, como un tiempo lo fuera, y a la muñeca desgarrada asomó la sangre. El hecho estupendo se repitió a largos períodos y hubo oportunidad de que un Notario certificara sobre la evidencia del suceso. La mano de la Princesa Faraónica había resucitado milagrosamente después de tres mil años!....

Pero el Conde Hasmon no las tenía todas consigo. Aquella mano que resucitaba de tiempo en tiempo y vertía sangre, podía en cualquier momento convertirse en una mano de tragedia, y aprovechando uno de los períodos de resurrección de la mano, después de una consulta con su esposa, resolvió echarla al fuego de la chimenea, que chisporroteaba. ¡Nunca lo hiciera,! porque no bien la mano cruzara el aire para caer en las llamas, la gran puerta del salón contiguo abrióse luego estrepitosamente y la joven y bella princesa apareció, trémula de dolor y de rabia, y tras de clavar en el Conde una mirada de rencor, se encaminó lentamente hacia el fuego que ardía, tomó de entre las lenguas de fuego la linda mano y la unió al muñón del esbelto brazo, en donde se adhirió maravillosamente, ante los ojos del Conde, llenos de pavor. Después alzó los ojos, las manos y el alma al cielo, elevó una oración de gracias y desapareció de nuevo en el misterio.

Será esto verdad? Será solo fábula? ¡Quién sabe! Pero, de todos modos, es hermoso, terriblemente hermoso. Y cabe recordar que en la actualidad los hombres de ciencia del mundo se dirigen en peregrinación hacia aquellos pueblos de origen remoto, en donde aparece que ha de encontrarse la explicación de extraordinarios fenómenos de origen físico que han llenado de confusión el cerebro de los sabios.

Más, volviendo a nuestro tema, cabe recordar que hay una mano latina que reclama los honores de la supremacía: la mano de una gentilísima castellana española, cuya juvenil cabeza resplandece a despecho del tiempo, llena de belleza, de amor y de gloria.

Y el caso es sencillamente estupendo. Los ejércitos napoleónicos

habían invadido España y en su marcha triunfal tropezaron con un castillo feudal, defendido con tesón. Los franceses eran barridos, desde las terrazas y las torres almenadas, pero pronto los claros se llenaban de nuevos guerreros que parecían brotar de la tierra. El castillo, al fin, cayó bajo la fuerza del número y el valeroso caballero que lo defendía fue apresado y encerrado en las prisiones subterráneas. Luego, tras un brevísimo consejo, fue condenado a muerte, sentencia que debía cumplirse al nuevo amanecer.

Al caer la tarde, despachaba el General Jefe de las fuerzas en el salón del castillo, que había tomado para oficina, cuando le anunciaron que una dama suplicaba una entrevista con él. El General accedió, despachando a sus Ayudantes, y a poco quedó maravillado ante la presencia de una gallarda joven española que, anegada en llanto, cruzó rápidamente el salón para postrarse de hinojos ante él, gimiendo:

— General: vengo a imploraros perdón para don Diego, mi primo. . .Vos sois valiente, también, General. Perdonádle, señor, por vuestra madre. . .

Galantemente, el General la levantó para sentarla en un sillón inmediato a su escritorio:

— Cálmese, señorita, cálmese. . . Se lo suplico — dijo lleno de emoción.

— Perdón, General, perdón para don Diego . . .

— Señorita. . .La guerra. . .

— No, General, no. Vos sois joven y guapo, también. . .No tronchéis la vida de un hombre que sólo cumplió con su deber. .. General. . .

Y mientras la dama gemía, se tapaba el bellísimo rostro empurpurado con dos manos de azucenas y de lirios y de rosas, más bellas, si puede caber, que el rostro que defendían.

El General sintió, de pronto, algo extraño que lo estremecía hasta las fibras más íntimas de su ser. Un nuevo sentimiento se apoderaba de él, desbordándose desde su alma en ternuras que él nunca sospechara poseer y, mientras se pasaba la mano por la frente un tanto sudorosa, envolvía en una mirada de profundo cariño a aquella preciosísima mujer que suplicaba, loca de dolor, pendiente sólo de su voz.

— Señorita — rompió de pronto —: Queréis permitirme un favor?

— Decid, General.
— Concededme una hora para pensar. .. Yo os aguardaré. . .
— Como queráis, General.

Y tras una elegante reverencia, llena de distinción, la dama, como una visión extraterrena, abandonó la sala, seguida por los ojos del General, casi húmedos de ternura ya.

El General advirtió a los centinelas que no estaba visible para nadie, excepto para la dama española, y comenzó a pasearse a lo largo del salón, inquieto, febril.

Quién era aquella mujer que había venido a llenar de inquietud su espíritu, que no se agitó siquiera ante cientos de mujeres hermosas, ni se conmovió ante ningún dolor ni ante ninguna tragedia?. . . Porque, realmente, la linda joven se había convertido súbitamente en dueña de su voluntad, y su figura esbelta, llena de distinción y de belleza, llenaba todo su pensamiento. Cómo negarle lo que le pedía? Y si a cambio de su perdón pudiera conseguir un poco de su agradecimiento y quizás de su amor?. . . Porque. . .ella podía ser su esposa! Y el General se sentó de nuevo frente al escritorio y escondió la frente entre las manos para pensar mejor. . .

Largo tiempo llevaba así, cuando la dulce voz de la dama lo despertó:

— General. . .

El General, roto su ensueño, levantó, sobresaltado, la cabeza y encontró frente a él a la gentil dama que fijaba en él una mirada inquisidora, llena de angustia y húmeda de lágrimas todavía; pero el General sonrió con tánta bondad, con tánta dulzura, que un rayo de esperanza entró en su corazón, desbordándose hasta sus labios en tímida sonrisa que para los enamorados ojos del guerrero fue como una luz celeste encendida en aquella boca divina por la mano de Dios mismo.

— Tened la bondad de sentaros, señorita.

La bella española obedeció, mientras el General inclinó la frente para coordinar ideas.

— Señorita: la guerra tiene leyes inflexibles. . .

Un gesto de angustia de la dama le interrumpió.

— No temáis nada y oidme con calma. — Y como nuevamente sonriera, la joven se calmó.

— La guerra tiene leyes inflexibles, pero yo no puedo dejar de complaceros. ¡ Quién sabe si pongo en peligro mi propia vida; pero ella nada me importa a cambio de proporcionaros una alegría; pero todo en el mundo debe tener su compensación, y yo os concederé la vida de vuestro primo si vos me concedéis vuestra mano!

Mientras el General hablaba, el rostro de la bella dama había expresado distintas emociones, hasta que terminado el discurso, la dama se doblegó, consternada, sobre el pecho.

— Es natural que os cause rubor una petición tan insólita; pero el Destino es así, y bien puede ser que quien entró hoy aquí como vencedor y dueño, se convierta mañana, por el amor, en vencido y en siervo.

La joven fue levantando la cabeza lentamente y fijó en el General una mirada indefinible.

— Queréis hacerme un favor, General?

— Vos mandáis, señorita.
— Concededme una hora para contestaros.
— Concedida; pero creedme, por mi honor: una hora será para mi una eternidad.

Y la joven, con una nueva reverencia, abandonó el salón, dejando al General lleno, como nunca, de gloria.

Una hora después, la dama tornaba de nuevo al salón, sonriendo serenamente. El General tembló de gozo, mientras musitó, tímidamente:

— Señorita. . .
— General. . .
— No sé, señorita, pero en vuestros ojos. . .
— Sí, General, acepto vuestra proposición — dijo gravemente.
— Por Dios, señorita, me abrumáis.
— Y vos, con la vida de don Diego, me devolvéis mi propia vida.

Hubo una tregua que el General aprovechó para sentarse frente

al escritorio y escribir febrilmente una orden de libertad.

Luego, poniéndose en pie e inclinándose ceremoniosamente ante la joven, dijo

— Vuestro primo queda en absoluta libertad.

— Gracias mil, General, gracias mil.

— Y. . .podréis concederme el favor de decirme cuándo os podré ver de nuevo?

— Mañana. . .a estas horas. . .os ratificaré solemnemente mi compromiso.

— Confío en vuestra palabra.

— Confiad, General. Una española bien nacida nunca falta a su palabra. Os lo juro por mi honor de mujer y de española!

— Un último favor, por Dios!. . . Permitidme besaros la mano. . .

— Mezquino favor es a quien tanto debo. — Y la dama tendió gentilmente la linda mano al General, mientras sonreía de felicidad.

— Os juro, por mi honor, de militar, que nunca vi mano más bella que la vuestra.

— Vuestra es desde el instante, General.

El General se inclinó, mudo de emoción, y la dama, tras nueva reverencia, abandonó la sala.

Realmente el General se había enamorado locamente de aquella hermosa mujer, toda alma, toda distinción, toda juventud y toda belleza y no atinaba a pensar en nada que no estuviera relacionado con ella. La noche la pasó entre dormido y despierto, fraguando ensueños y futuros idilios. El día se prolongó para él indefinidamente y los ayudantes lo encontraron incomprensible y brusco.

Al sonar las siete en el reloj de la chimenea, veinticuatro horas justas después de la promesa de la dama, un Ayudante entró al salón y tras cuadrarse militarmente, entregó al General una perfumada misiva, en tanto que sostenía en la otra un precioso cofre labrado.

El guerrero rasgó el sobre impaciente y una intensa palidez cubrió su rostro súbitamente. La misiva decía:

"General:

Os cumplo mi palabra empeñada ayer. El portador os entregará mi mano, pero mi corazón lo había entregado ya a don Diego, mi primo".

Consternado, el General anduvo unos pasos, tomó de manos del Ayudante el cofre trágico, lo colocó en el escritorio con religiosidad, abrió lentamente la tapa y retrocedió, lleno, por primera vez, de pavor.

En el fondo del cofre, sobre un fondo de rojo terciopelo, la blanca mano de la dama resplandecía de palidez y de belleza, crispada levemente de frío y de dolor.

ARTICULOS AUTOBIOGRAFICOS

TABOGA

Serenamente azul se levanta del fondo del Pacífico, quince millas distantes de la cosmópolis moderna, la isla de Taboga, muy visitada como balneario por panameñas nerviosas y por yankees sanguíneos, amantes del sport, que van, las unas, a gustar del delicado níspero y a respirar a pulmón lleno las puras ráfagas marinas que allí refrescan el ambiente, y los otros, a engullir a dos carrillos trozos de suculenta piña o a aplacar su torridez con la saludable agua ferruginosa que sobre la epidermis de la isla resbala en blancas cintas que, como extrañas sierpes de plata, al descender por un despeñadero se irisan bajo el beso del sol en una policromía maravillosa animada por el melancólico gemido de las torcaces y por el voletear de las mariposas, semejantes a serpentinas de ensueño que danzan su loco baile en el vacío, gastando por decoraciones los verdes matorrales donde resalta la epitalámica blancura de los lirios silvestres.

Quien baja a la ribera sur de Panamá en esas tardes luminosas de verano en que el viento del Norte hace culebrear sobre el cielo sin nubes las cometas de los chicuelos de las playas, y tiende la vista sobre la quieta superficie del mar, verde esmeralda rizada con espumas blanquísimas, no puede menos que evocar aquellos paisajes napolitanos al ver esa isla que se levanta apaciblemente majestuosa, confundiendo en suave armonía el azul obscuro de sus piñas con el siena de sus tierras descubiertas, iluminadas por la amarillenta luz del sol tramontano, con sus casitas radiantes que albean a la orilla del agua como una bandada de garzas que se detuvieron en la ribera a pescar algo y a tomar aliento para continuar su viaje al país misterioso de los copos de espuma. . .

Cuando Guillermo Andreve me pidió estas líneas sobre Taboga, miré hacia atrás, escudriñé con mis ojos en el montón de recuerdos hacinados en mi mente y me asombré de encontrar tan completo en mi memoria, a través de dieciséis años, el cuadro de aquel pedazo de mi vida --quizá el más risueño— que pasé en el estrecho recinto de esa pintoresca aldea de marinos y pescadores.

Vivía mi familia en una casita pintada de azul celeste, con ancho portal cerrado por delgados listones de madera barnizados de blanco, que hacía las veces de plaza de toros para mi hermano, para los amiguitos vecinos y para mí. En las mañanas, antes de que el sol apareciera, comenzaba, con gran desaprobación mía, la infernal y peculiar algazara de los gallineros de las casas adyacentes y de la mía. Después acababa de exasperarme, aquel caracoleo que sonaba y sonaba alegremente, anunciando a los vecinos que había pescado fresco, y aquella algarabía de las chicuelas que reñían porque querían ser las primeras despachadas para poder escoger a su sabor, mientras el sol naciente miraba de soslayo, sobre la ancha piedra primitiva que hacía las veces de mostrador y donde los peces de variados colores saltaban todavía desesperadamente, algo que pudiéramos llamar la epopeya de la escama. . .

Era entonces cuando mi madre me vestía para ir al baño. Emprendíamos el camino a través de las veredas, bajo la penumbra de arcadas hermosísimas donde el aura matinal venía llena de perfume de los lirios y de los heliotropos, amenizada la marcha por el canto de los pájaros, el melancólico gemido de las palomas y el chirrido de los grillos y de los revellines. Si he de decir verdad, confesaré que la mayor parte de las veces llegaba a casa bañado, pero bañado en sudor, pues no había hecho otra cosa que correr tras de las bellas mariposas que allí abundan o subir en busca de las adormideras que, al contacto de mi mano homicida, se cerraban súbitamente, como si hubieran sentido circular por mis fibras la ola matadora de un veneno. Y experimentaba yo, en medio de mi infantilismo, tanto placer viéndolas moverse, cerrarse y morir, como si en realidad pensaran y sufrieran con la profanación de que eran objeto. . .

Después del desayuno, a la Escuela; Escuela odiosa que a todas horas estaban delante de mí, Escuela aborrecida que no daba lugar a escapatorias porque quedaba frente por frente de mi casa y permitía a mi madre seguirme con la mirada hasta que subía la última grada de la escalinata que llevaba al recinto del edificio. ¡Cuánta envidia me inspiraban entonces aquellos muchachos que vivían en los extremos del pueblo!

La Escuela consistía en un salón amplio y oscuro, adornado con cuatro mapas hechos trizas, un tablero estrellado con los innumerables agujeritos que dejara la punta del compás en el transcurso de muchos años y que nosotros nos encargábamos de llenar diariamente de tiza con la pretensión de que nos dieran otro más decoroso; un reloj cuyas manecillas caminaban lentamente, cachazudamente; ocho bancas enfiladas con una simetría desesperante y que noso-

tros, por hacer algo, barrenábamos llenábamos luego con tierra el orificio, que era descargado al impulso de la boca a cada descuido del Maestro, con bulliciosa aprobación de parte del belicoso público infantil. Aquella fue para mí la época risueña de la Escuela. Todavía no habían echado raíces en mi alma esos rencores profundos que después le tuve a la palmeta.

Siempre ha habido en mí una rara predisposición para hacer las cosas bien; por eso, sin duda, yo era sobresaliente en aquello de contar de atrás para adelante: ciento, noventa y nueve, noventa y ocho, etc. . ., constituía toda mi gloria y todo mi timbre de orgullo. En aquellos momentos me erguía lleno de vanidad porque veía en los ojos de mis compañeros una admiración muda hacia mí, cual si hiciera algo raro, como caminar con las manos o dar saltos mortales. A contar de atrás para adelante, a canjear con los condiscípulos los dulces y frutas de los cuales venía provisto cada uno y a hacer caricaturas más o menos caricaturezcas del Maestro, fuí a la Escuela durante esa época de mi vida, bien distinta, por cierto, de la que le siguió, de férula y calabozo, en que el Maestro Molino —poeta— me decía con voz indignada:

—Amiguito, usted será orgullo de la carpintería o de la zapatería nacionales.

Cuán distante estaba de pensar, al decir esto, que, años después —con razón o sin ella— había de repetir delante de mí, con visibles muestras de orgullo:

—Ahí donde ustedes lo ven, fue mi discípulo y lo que sabe lo aprendió de mí.

En las noches luna, nos reuníamos para jugar, ya fuera en la playa, ya en el llanito. Pero en las noches obscuras había necesidad de recogerse temprano, porque Taboga también tiene sus apariciones espeluznantes, más o menos atrevidas, pero que meten en un zapato a chicuelos, viejos y mocetones.

Entre las tradiciones de Taboga, hay dos dignas de atención, una por lo trágica y por el velo fantástico de que la ha rodeado la trasmisión de boca en boca y de generación en generación, y la otra porque tiene en el fondo mucha poesía, algo de esos cuentos de princesitas encantadas guardadas por genios y monstruos terribles.

Frente a Taboga se levanta una pequeña isleta que lleva por nombre El Morro. Pequeñita, llena de vegetación oscura y lujuriante,

animada por la visita de las gaviotas y de las garzas, semeja una de aquellas chinampas que adornaron en tiempo remoto la apacible superficie de la laguna de Tenochitlán.

Hace algún tiempo, en una casita que existió en una de las faldas de la isleta, vivieron un padre y un hijo gozando de la tranquila soledad de su vivienda, acariciados de día por el viento marino y en la noche por el rumor de las olas que la rodean enteramente, excepto por una pequeña restinga de arena que en las horas de la baja mar queda descubierta y que la une con el pueblo de Taboga. Una noche, padre e hijo dormían tranquilamente cuando un enorme peñasco desprendido de lo alto de la isleta rodó furiosamente y aplastó bajo su enorme mole la rústica casita con sus infortunados moradores. Sólo escapó del accidente un perro que los acompañaba, el cual comenzó a aullar dolorosamente en el silencio de la noche. Los primeros vecinos que llegaron al lugar del suceso encontraron muerto al hijo, y al padre retorciéndose en los dolores de una agonía espantosa.

—¡Quítenme esto!. . .—gritó, señalando un pequeño amuleto que llevaba en el cuello.

Y cuentan que apenas se lo hubieron quitado, dobló la cabeza y entregó su alma a Dios.

Es fama que aquel perro murió pocos días después y que en ciertas noches se ha visto un perro semejante que aulla siniestramente y se pierde bajo la copa de los árboles de El Mal Paso, arrastrando una gran cadena de hierro que rechina extrañamente al resbalar sobre las piedras del camino.

La otra es más poética. En los alrededores de la misma isleta se veían salir sobre la superficie del agua, de vez en cuando, las aletas de un enorme tiburón. Se decía que los harpones resbalaban sobre su cuerpo porque era tan anciano que el tiempo lo había cubierto con una cota formada de conchas de nácar. Cuando uno de los audaces nadadores de la isla, por descuido o por temeridad, penetraba en los dominios del cetáceo, sólo quedaba como vestigio de su persona una mancha de sangre que se dibujaba pequeñita sobre la superficie del mar y luego se extendía y se alejaba, arrastrada por la corriente. Cuando ésto acontecía, entre los vecinos del lugar se colectaba una suma de dinero que se pagaba al Cura párroco para que conjurara al monstruo; y dicen que después de unas cuantas rociadas de agua bendita de derecha a izquierda, un pater noster y un Ave María, quedaba el mar como adormecido, y los audaces buzos que

en aquellos momentos bajaban al fondo del Océano alentados por la fé, hablaban de una hermosa mata de coral en torno de la cual giraba incansablemente el terrible monstruo. . .

Hermosa leyenda. Por qué no había de ser aquél enorme cetáceo un poderoso Genio del Mar que, loco de amores, arrebató de una lejana corte submarina una linda Princesita y luego de transformarla en planta para que jamás sea reconocida, gira en torno de ella castigando con la muerte a los intrusos que pretenden aclarar el misterio que la rodea? . .

Hace algunos meses visité Taboga en viaje de paseo. Llevaba la mente llena de gratos recuerdos de mi infancia y pensaba gozar infinito visitando los lugares donde tan dulces momentos había pasado; pero apenas hube desembarcado del pequeño vapor y tomado la playa, sentí una tristeza inexplicable ante el cuadro que se ofreció a mi vista: en algunas partes, una vegetación inculta había invadido los solares, antes limpios, acorralando y ahogando las casas en un círculo estrecho de zarzas que daban idea de abandono y de ruina; las hermosas palmeras, ante las cuales me detuve más de una vez con admiración mezclada de temor, estaban menos verdes, unas, otras habían perdido sus largas cabelleras rumorosas bajo la ira de algún rayo, y todas se presentaban como más encogidas, como más bajas; quizá el medio metro que había ascendido mi cabeza en el transcurso de dieciséis años. . . Yo estaba allí, y sin embargo, me parecía estar en otra parte. Las piedras que yo conocía una por una, la pequeña torre de la Iglesia, hasta los mismos peñascos de la playa, todo estaba triste y distinto. Y entonces pensé que las cosas, lo mismo que los animales y las plantas, se fatigan bajo el peso de los años, obedeciendo a la ley inmutable y sabia de la eterna evolución universal.

Por una rara coincidencia, aquél día era de duelo en el pueblo porque había muerto una persona de consideración en el lugar. La campanita de la Iglesia doblaba tristemente, dolorosamente. Yo la escuchaba y no me parecía que aquella campanita era la misma que yo repicara los domingos, años atrás, aprovechando los momentos de buen humor del sacristán: ahora estaba como más melancólica y más vieja, y su voz era cascada y cortaba como una espada . . .Tan. . .Tantan. . .Tan. . .Tantan. . .Y la campanita doblaba aceleradamente con una celeridad que hacía estremecer. . .Y escuchándola pensé en aquellos perros famélicos de las casas de miseria que engullen desesperadamente, para matar el hambre de sus largos días de forzoso ayuno, un bocado que de vez en cuando les arroja la mano de la casualidad.

Me encaminé al cementerio, lugar poético escondido entre un pequeño bosquecillo, lleno de sombra y de frescor y situado a la orilla del mar. Dos mocetones —quizá antiguos amigos míos— hablaban cerca de mí y yo escuché por curiosidad.

—Oye, Pedro, dónde enterraste a tu mamá?. . .

—Hombre, yo la enterré cerca de mi papá y marqué el lugar con una estaca, pero yo no sé quién diablos la ha arrancado y se han perdido.

Y salí del cementerio con el alma contristada. Pensaba en aquellos moradores de la Isla de Mouat que nos pinta Daudet, "que habían cavado siempre las fosas en cualquier parte, entregando así a la tierra los muertos anónimos, como sucede en las largas travesías con los muertos que tiran al mar. . ."

NOTA BIBLIOGRAFICA:— *Taboga* fue publicado por primera vez en *El Heraldo del Istmo*, revista ilustrada Año III, número 65, correspondiente al 20 de Septiembre de 1906.— Páginas 326 y 327.

UN HEROE MAS

En aquella memorable tarde del 3 de Noviembre de 1903, yo leía, en el Paseo de las Bóvedas los "Recuerdos de Italia", de Emilio Castelar. Unas semanas antes, sin motivo visible alguno, había sido dado de baja del Batallón Colombia, en donde prestaba servicios en clase de Sargento Primero, agregado a la Mayoría.

La tarde se había salido de la cuestión para servir de marco a un acontecimiento de la trascendencia del que se preparaba y el crepúsculo comenzaba a anunciarse hermosamente.

De pronto , un lejano rumor turbó la calma del histórico sitio. Era como el bajar de un río o como el subir de las olas, y, en un principio, supuse que el rumor procedía del mar; pero rápidamente el ruido en marcha se fue acercando en el viento y pronto pude convencerme de que se trataba de una muchedumbre exaltada que venía hacia la Plaza del Cuartel del Batallón Colombia.

Me puse en pie, me asomé por sobre el muro que daba a la Plaza y vi al Batallón Colombia desplegándose en guerrilla para ocupar las boca- calles y los demás sitios estratégicos de la plaza.

Yo había figurado en el Batallón durante cuatro años, tres de los cuales habían sido de ruda guerra civil, y debo confesar que aunque nunca maté a nadie porque no me puse, tampoco, en posibilidades de que me mataran, ya que tengo mis ideas personales sobre el militarismo, en esa tarde creí de mi deber estar al lado de mis viejos amigos en un caso tan insólito como el que parecía presentarse. Y bajé hacia el Cuartel.

Apenas hube llegado al portal del cuartel, asomó a la plaza una gran muchedumbre que, exicitada y ardorosa, daba vivas al Batallón Colombia, al General Huertas, al Partido Liberal y a la República de Panamá.

Aquella ensalada no era digerible para mí, y cruzado de brazos y con el libro de Emilio en la mano, me concreté a esperar que los sucesos se desarrollaran.

Mi asombro me impedía hacer caso de detalles y tomé toda la escena en conjunto; pero mi perplejidad llegó a su límite cuando el General Huertas, abriéndose paso entre la multitud, se adelantó hacia el Cuartel y, con su calma habitual, ordenó a Ricardo Romero, Ayudante del guarda-parque Coronel Víctor Manuel Alvarado:

—Comandante Romero: abra el parque para que se arme toda esta gente.

Aquello era inaudito, incomprensible para mí. Y me volví de piedra.

Los primeros patriotas que salieron, amigos míos, me excitaban a proveerme de un rifle cuanto antes, alegando que había pocos Remington reformados; pero yo desatendí las indicaciones porque no entendía nada de lo que estaba pasando.

En la noche, ya enterado, regresé al Cuartel, subí a la Mayoría del Batallón y tomé de espaldas de un estante, en donde yo la tenía escondida de tiempo atrás, una carabina Winchester, de 18 tiros, y que pudrióse virgen en la finca que entonces poseía mi inolvidable amigo Gaspar Araúz de Obaldía.

El 4 de noviembre reasumí, con el grado de Teniente, ascendido por el General Huertas, mis antiguas funciones en la Mayoría del Batallón Colombia, y el 5 de noviembre el General Huertas me dictó una nota para el General don Domingo Díaz, Jefe de la División Primera del Istmo, en la cual se le ordenaba salir con su división a esperar en las inmediaciones de Curundú al ejército colombiano que venía de Colón a someter a los panameños.

Aquella nota contenía instrucciones terribles que yo no divulgaré y que pueden preguntar al General Huertas o a los deudos del General Díaz que se hayan hecho cargo de su archivo. El hecho fue que yo, personalmente quise ser portador de órden tan trascendental. Entonces yo tenía veinte años y me sentía construído de la madera de los héroes.

Llegué a la casa particular del General Díaz, llamé a la puerta, salió en persona y le entregué la comunicación. El General la leyó y me recomendó decir al General Huertas que se daba por notificado.

Yo entonces, tímidamente, le manifesté:

- General: usted me permite ir con usted?

Y el General Díaz, arrugando el entrecejo y extendiendo el brazo hacia la puerta, me dijo:

—Vaya usted a ocupar su puesto, que no es al lado mío.

Y yo salí renegando del General.

A las cinco de la tarde, el General Díaz salió con su división a cumplir la orden terrible que llevaba; pero ya en camino hacia Corozal, recibió órdenes de regresar porque las tropas colombianas habían embarcado en Colón con destino hacia su Patria. Y así se evitó una tragedia inútil en la emancipación colombiana.

Después, el General Díaz y yo fuimos, dentro de la gran desigualdad de nuestras edades, muy cordiales amigos, entre las mesas de la antigua terraza de la Cantina de La Plata, en donde pude ver que aquel pequeñito e inmenso viejo, si era cierto que tenía un ceño adusto que me asustara el cinco de Noviembre, también tenía un corazón de paloma que no he olvidado todavía.

NOTA BIBLIOGRAFICA:— *Un Héroe Más* permaneció inédito hasta el sábado, 12 de enero de 1946, cuando fue publicado en *El Panamá-América*, página ocho, sección Artes, Ciencias y Letras.

EL TEATRO PANAMEÑO

Una crónica publicada por César Saavedra Zárate en "La Estrella de Panamá" de hoy, siete de abril, en la que el querido compañero hace algunas consideraciones sobre nuestra producción teatral, me da pretexto para exponer algunas ideas que hace tiempo tengo sobre el particular, hijas de una experiencia personal en el asunto.

Es muy probable que sea yo quien haya aportado mayor número de ensayos a nuestra literatura dramática, con *Corazón de Oro*, *Un Alcalde como hay muchos*, *El Turno y Purificación;* pero esas obras no se han inspirado en las fuentes en donde debieron nacer, de acuerdo con su índole, sino que han sido el fruto de la simpatía que nos inspirara un amigo — o amiga— que creyó obtener con ellas algún beneficio o simplemente un éxito cualquiera. Y, repito, el teatro no se hace así.

Tengo para mí que el verdadero inspirador del dramaturgo lo es el actor, y que sin este elemento especial no hay inspiración sólida posible. La emoción que producen en el temperamento del literato las condiciones artísticas del actor, su potencialidad dramática, es la que realiza instantáneamente la creación de un personaje que luego se estira, se encoge o se desdobla, de acuerdo con la capacidad asimiladora del intérprete. Y éste es el principal secreto del éxito.

Cuando don Jacinto, los hermanos Quintero o Linares Rivas escriben algo, no andan a caza de interpretadores, sino que dan la obra con el reparto de los personajes hechos, y entiendo que don José Guimerá escribió *Tierra Baja* para Enrique Borrás.

Para que el teatro criollo pueda desarrollarse entre nosotros se necesita, pues, como circunstancia esencial, que haya una compañía dramática nacional. Y qué se necesita para que haya una compañía de actores panameños? UN TEATRO ESCOLAR.

Sabido es que nuestras escuelas carecen de locales apropiados y no pueden disponer de salones para certámenes o fiestas de esas que tanto levantan el espíritu entre los niños, y la construcción de un teatro destinado a ese fin vendría a llenar una necesidad. Construido el Teatro Escolar, el natural espíritu de novelería traería consigo la formación de algunos cuadros dramáticos que se disputarían el aplauso del público, y poco a poco los equivocados se quedarían en sus casas y los que realmente tuvieran vocación serían la base de nuestro futuro teatro panameño.

Un edificio de esa naturaleza podría servir a otros fines de provecho; podría ser facilitado a sociedades obreras y círculos sociales para conferencias y fiestas de carácter cultural, y podría, también, estar provisto de cinematógrafo controlado por la Secretaría del Ramo, en donde, a precios bajos, se dieran películas cómicas y de índole educativa.

En Barcelona existen en todos los barrios teatros de asociaciones de industriales y obreros que constantemente celebran fiestas en las cuales se recita, se canta y se presentan obras teatrales, y debe saber el que lo ignore que de esos escenarios han salido, entre otros muchos, Enrique Borrás y Margarita Xirgu, la primera trágica española.

NOTA BIBLIOGRAFICA:— *El Teatro Panameño* permaneció inédito hasta el 29 de Diciembre de 1945, cuando fue publicado en *El Panamá - América*, en al Sección *Artes, Letras y Ciencias.*

LOS POETAS Y EL PUBLICO

La poesía no es sino una secreción incurable e inevitable. Nace en cualquiera de los sentidos y se manifiesta en el cerebro, y el público da a los hombres que sufren este mal el nombre de poetas.

Contra todo lo que se cree, el poeta no hace sus versos, sino que los versos se hacen espontáneamente dentro de él..

Cuando uno de los sentidos es afectado, la secreción comienza a manifestarse y el poeta entra en estado de producción. Entonces es inútil que el poeta piense o se ocupe de otra cosa distinta, porque los versos le bailan atropelladamente en el cerebro hasta el momento en que inevitablemente reclaman ser exteriorizados.

Toca entonces al poeta coordinar las ideas y ordenar los versos y las estrofas, suprimiendo lo que sobra y llenando los claros que existen, porque generalmente la composición no nace en condiciones de darse a la prensa.

Los poetas, pues, son los menos responsables de sus obras, porque su voluntad ocupa en su labor una participación ínfima.

Aquellos que se sientan a escribir versos por tal o cual motivo, no son poetas, sino versificadores.

Y es curioso ver cómo el público interpreta ciertas composiciones poéticas que se salen de lo común en un sentido absolutamente distinto del que guió al poeta a escribirlas.

Sé que muchos sonreirán malévolamente ante una definición tan prosaica como la que hago al comenzar este artículo pero ellos olvidan que hasta ahora la perla no ha sido definida de otro modo: una secreción.

Y una lágrima, además de ser poesía, no es una secreción?

NOTA BIBLIOGRAFICA:— *Los Poetas y el Público* permaneció inédito hasta el 29 de Diciembre de 1945, cuando fue publicado en *El Panamá-América,* en la Sección *Artes, Letras y Ciencias.*

NOTA BIOGRAFICA

RICARDO MIRO DENIS nació en la ciudad de Panamá el 5 de noviembre de 1983. Su padre, del mismo nombre murió el 26 de marzo de 1887, y el niño creció, junto con su hermano Gregorio, al cuidado de su madre, doña Mercedes Denis de Miró, hermana de Amelia, la poetisa.

Nombrada doña Mercedes Directora de la Escuela de Taboga en abril de 1890, vivió con sus hijos en la isla hasta que, en 1895, fue trasladada, con iguales funciones a la ciudad de Aguadulce (Nota de la Editorial: no se ha podido comprobar si efectivamente llegó a realizar ese viaje).

Cumplidos quince años Miró marchó a Bogotá. Estudió pintura en la Escuela de Bellas Artes, regentada por Don Epifanio Garay, y estuvo internado en el Colegio Menor del Rosario, hasta cuando la revolución de 1899 determinó su retorno al hogar. Entonces, se ha dicho, tomó clases de pintura con Don Carlos Endara, y en su taller fotográfico trabajó por algún tiempo. Sirvió luego en el Batallón Colombia, hasta la víspera de la separación. Y en la orden del día 9 de noviembre aparece con el grado de Teniente entre el personal de la jefatura de la comandancia, como Secretario Privado del General Huertas.

Cierta vida intelectual se advertía en Panamá hacia fines del siglo. El Canal Francés, cuyos trabajos se iniciaron justamente por los días en que Miró vino al mundo, significó una eficaz inyección económica, y tuvo repercusiones visibles en el orden de la cultura intelectual. Decenas de periódicos, de diversa índole, vieron la luz durante los tres últimos lustros del siglo XIX. Y hacia 1894 una generación literaria mostró su perfil: la generación de los modernistas, renovadores de la poesía e introductores del cuento en Panamá, quienes en 1896 levantaron tribuna propia — "El Cosmos"—, cuyas páginas nutrían Darío Herrera, Simón Rivas, León A. Soto, Guillermo Andreve.

Vuelto a su tierra Miró tomó contacto personal con algunos de ellos y seguramente leyó sus periódicos. En su obra primeriza cree-

mos percibir ciertos influjos. Sin embargo, por razones complejas, el destino rector que parecía tocarle a los modernistas no pudo realizarse en su sazón. Su actividad literaria fue interrumpida, en su etapa inicial, por la guerra antes aludida, que aquí resultó muy cruenta. Está súbita pausa se prolongó hasta la hora de nuestra separación de Colombia, cuando estaban ausentes o ya no vivían unidades conspicuas del modernismo.

Autorretrato.

Los sucesos de 1903 modificaron radicalmente nuestro sistema de vida. Junto con la República el Canal, ahora norteamericano, trajo dineros abundantes. Se procedió a la organización del nuevo Estado, y se ofrecieron posibilidades múltiples, en lo oficial y lo privado. Todas las habilidades fueron aprovechadas, y los intelectuales y hombres de letras dispusieron, para largo tiempo, de trabajo y aplausos garantizados. Ventajas en el fondo ilusorias para la generación de Miró, pues esas urgencias del momento le impidieron madurar en condiciones normales, dificultando, además el aflorar de una conciencia crítica.

Miró antes de su viaje a España.

En enero de 1904 Miró se incorpora al personal de la Secretaría de Instrucción Pública. Ese año aparece *"El Heraldo del Istmo"*, quincenario modernista dirigido por Andreve, donde Miró se estrena.

En 1906 contrae matrimonio con Isabel Grimaldo Jaén. Meses después, en febrero de 1907, lanza *"Nuevos Ritos"*, revista que sustituye a la anterior y que, como *"El Heraldo"*, se publica con apoyo oficial. En noviembre de ese año tiene ocasión de entrevistarse con Rubén Darío, de paso por el Istmo y a quien nuestros hombres de letras obsequian con una comida.

En 1908 aparece **Preludios,** su primer libro, que se pone a la venta del día 11 de abril. Antes de que termine el año marcha a Europa incorporado a nuestro servicio exterior, y se radica en Barcelona. Allí escribirá, recién llegado, **Patria**, su poema más popular. En Barcelona hace amistad con Vargas Vila, con Ugarte, con Pompeyo Gener, con Gabriel Miró, con Zamacois, y conoce a Marinetti, el futurista. En marzo de 1910 es nombrado Cónsul en Marsella, pero vivirá la mayor parte del tiempo en la ciudad Condal. Torna al país a fines de 1911, para reintegrarse a la dirección de *"Nuevos Ritos"* y a la burocracia, otra vez en la Secretaría de Instrucción Pública.

En Barcelona por los días en que escribió Patria.

En agosto de 1914 pasa a servir en la Secretaría de Fomento, como jefe de la Sección Agrícola; se le asciende luego a Oficial Mayor, hasta que en el mes de abril de 1917 se le designa Secretario de la Gobernación de Colón. En Colón vivirá hasta marzo de 1919; en esa fecha se le nombra, con carácter interino, Director de los Archivos Nacionales, cargo que se le confirma en noviembre de 1924 y que ejercerá hasta principios de 1927. Es su último empleo público. Para entonces era ya Secretario Perpetuo de la Academia de la Lengua, Instituto fundado unos meses antes. Miró había realizado dos breves viajes a Lima, para cerrar con ellos una no muy rica experiencia del mundo exterior. Y en 1931 quiso volver a España para reeditar sus libros, *"habida cuenta de lo poco de vida que me queda"*.

En 1916 Miró publica **Los Segundos Preludios,** su libro más importante, y en 1929 **Caminos Silenciosos,** un cuaderno de sólo seis poemas, lo último que él mismo compil[illegible]

Maqueta de Loyd Barttey.

Para honrar la memoria del poeta se creó, en octubre de 1942, por el Ayuntamiento Provincial de Panamá, a propuesta de Don Moisés Castillo, el *Concurso Literario Ricardo Miró*. Convertido en certamen nacional mediante la Ley 27 del 4 de septiembre de 1946, ha sido el más fértil estímulo a la creación literaria en Panamá. Por decisión del Municipio de la capital un busto suyo, obra del escultor Dámaso Ulloa, fue inaugurado en el parque que lleva su nombre el día 3 de marzo de 1943.

Rodrigo Miró.

Maqueta de la cabeza que se levantó en el Parque Ricardo Miró, obra del escultor Ulloa.

Doña Isabel Grimaldo Jaén de Miró, esposa del ilustre poeta.

AGRADECIMIENTO

Nuestro agradecimiento al Prof. Rodrigo Miró, hijo del poeta, quien gentilmente cedió todo el material que aquí se reproduce.

INDICE

INDICE

Presentación 7

NOVELA

Atavismo/ensayo de novela 11
Las Noches de Babel 17
Flor de María/ensayo de novela 113

CUENTO

Tres Apólogos:

El Viejo 167
El Hombre que Olía a Rosas 169
La Gran Razón 173

Cuentos Varios:

El Triunfo del Ideal 177
Alma Enferma 185
El Baile de Máscaras 189
La Limosna 195
Bajo la Nieve 199
Lo que se Sacó Manolín (cuento de navidad) 213
Lo Imprevisto 219
Sangre Torera 225
La Maja 231
El Jesús Malo 243
El Gran Peso 253
La Paloma que Voló 259
Mar, Cielo y Amor 265
La Gacela 271
Como un Cuento 279
Manos Femeninas 283

Artículos Autobiográficos:

Taboga 293
Un Héroe Más 299
El Teatro Panameño 303
Los Poetas y el Público 305

Nota Biográfica 307
Agradecimiento 314

Impresora de La Nación/INAC/10401
Panamá/1984